



UNA INTERPRETACIÓN DE NADA

Miguel Delibes

EL PESIMISMO DE LA NOVELA DE POSGUERRA

A la hora de hacer balance del renacimiento narrativo español de la posguerra civil nos encontramos con tres libros de referencia inexcusable –el *Pascual Duarte*, de Cela, aparecido en 1942; *Mariona Rebull*, de Agustí, en 1944, y *Nada*, de Carmen Laforet, en 1945– y una institución: el premio Nadal. De aquellas tres obras, de las que Eugenio de Nora, al enjuiciarlas con una perspectiva de veinte años, afirma que «son más sintomáticas que culminantes», se dijeron en su momento y por juzgadores calificados cosas muy encomiásticas. De la novela de Cela dijo don Gregorio Marañón: «Es una obra que ha tenido el privilegio excepcional de pasar en términos breves desde la categoría de un libro juvenil y de batalla a la de obra clásica.» Por su parte, Azorín exclama, tras la lectura de *Mariona Rebull*, refiriéndose a Ignacio Agustí, su autor: «¡Por fin tenemos un novelista!» Finalmente, ante la novela *Nada*, primer premio Nadal en 1944, Juan Ramón Jiménez se pregunta en la revista «Ínsula»: «¿Cómo puede llamarse *Nada* un libro que encierra tanto y tan bueno?» Tras el paréntesis de la guerra y de los primeros años de la posguerra, la irrupción de la nueva novela, de una nueva generación de narradores, es, pues, un fenómeno captado y coreado con entusiasmo –cosa poco frecuente en nuestras letras– por los escritores más destacados de generaciones anteriores, bien dentro de España (Marañón, Azorín), bien en el exilio (Juan Ramón Jiménez).

157

Estos tres libros imprimen, de salida, a la entonces joven narrativa española una notable fuerza expansiva y un carácter innovador que no implica ruptura con el pasado. Quiero decir que aunque estos tres novelistas incorporan a su quehacer una actualización de las técnicas narrativas, no resulta difícil, en particular en Cela y Agustí, rastrear sus influencias. En Cela hay algo de Quevedo y Baroja; de Galdós, en Agustí. No es tan sencillo filiar, buscarle un parentesco, a la novela de Carmen Laforet. Esta –tal vez por más joven y, lógicamente, menos leída– nos ofrece en *Nada* un relato más espontáneo o, si se prefiere, más nuevo en lo atañadero a tema y procedimiento. Lo que Cela y Agustí nos cuentan en sus novelas no puede suceder más que en España; en tanto, la anécdota de *Nada*, el juego de tensiones y conflictos psicológicos que plantea, así como su estilo, no admiten fronteras: son, digamos, menos localistas. Cela y Agustí permanecen en una línea literaria clásica en el país, mientras Laforet, pese a su realismo, rompe con el pasado, y *Nada* apunta ya una serie de notas características que distinguen a la narrativa que sigue a la segunda guerra mundial.

Colata

-1-

